

## NOCHE DE TORMENTA

Dejé La motocicleta al abrigo del espeso follaje de un árbol centenario y eché a correr a campo-través hacia la mortecina luz que se divisaba en el horizonte. En pocos minutos negras nubes de tormentosas habían cubierto el cielo, de tal forma que parecía ser noche cerrada, cuando no eran más de las seis de la tarde. El primer trueno me hizo acelerar inconscientemente la carrera, mientras maldecía interiormente la idea que me había llevado a desviarme de la carretera general, por un viejo camino de tierra, por ahorrarme unos kilómetros. Debía visitar una finca cercana a Alagón con objeto de realizar una tasación solicitada por un cliente.

Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer, al principio espaciadamente, para enseguida aumentar de intensidad y convertirse en un verdadero diluvio. La luz de un relámpago me permitió ver claramente la silueta de la casa cuya luz me había atraído y era el único refugio a la vista. Parecía una tosca vivienda de labradores. ¡Unos metros más y estaría a mi alcance!. Ya era tiempo porque mis ropas comenzaban a estar empapadas y la tormenta arreciaba.

Golpeé la vieja puerta con verdadera ansiedad. Los momentos que transcurrieron hasta que oí descorrer el cerrojo desde el interior me parecieron una eternidad. Una anciana alta y enjuta, con un candil encendido en la mano izquierda, apareció en el umbral. Con voz entrecortada por el sobrealiento, le expliqué torpemente mi situación.

- Pase señor, - me indicó sin dejarme terminar – en esta casa nunca se ha negado el refugio al caminante.

El interior estaba sumido en una semi-penumbra a la que mis ojos tardaron unos momentos en adaptarse. Comprendí entonces por qué me pareció mortecina la luz que me atrajo desde el camino. Aparte del candil que llevaba la vieja, tres velas de sebo en un candelabro, sobre la mesa, eran la única iluminación de la estancia. ¿Cómo pueden vivir estas gentes todavía sin luz eléctrica?, pensé mirando a mi alrededor. En las paredes podían verse colgados diversos aperos de labranza. Al fondo, un hogar bajo, tan clásico en las viviendas rurales de la comarca. En él, las llamas jugueteaban con gruesos tarugos de leña hasta convertirlos en brasas. Sentado en uno de los bancos laterales, estaba un hombre de edad indefinida. Su tez quemada y arrugada por el sol, quizá la hacían parecer mayor de lo que era en realidad. En el otro banco, una mujer joven sostenía en sus brazos a una criatura de pocos meses y junto a ella un muchacho de trece o catorce años con el pelo muy corto y cara triste. Mascullé unas palabras de saludo y agradecimiento mientras me pasaba la mano por el rostro y cabellos empapados.

Toda la familia, pues sin duda se trataba de un matrimonio con sus hijos y la abuela, habían vuelto hacia mí sus ojos y me miraban con curiosidad.

-A la paz de Dios, señor. – Dijo el labriego casi con solemnidad.- Acérquese junto al fuego a secar sus ropas.

El hombre tenía junto a sí una cesta llena de mazorcas de maíz que desgranaba parsimoniosamente sobre un paño. El resplandor de un nuevo relámpago penetró por la ventana iluminando la habitación. Le siguió un trueno tan seco y potente que hizo retumbar todo el edificio.

-Las tormentas a campo abierto son terribles, - dijo el hombre que sin duda notó mi estremecimiento,- pero no se preocupe, pronto pasará.

La vieja susurraba una serie de rezos y jaculatorias ininteligibles en las que mencionaba frecuentemente a santa Bárbara. Acercó hasta mí una silla de anea y con una mueca que pretendió ser amable me indicó un hueco junto al hogar. Luego sin interrumpir su letanía, se sentó y tomando unos ovillos de lana pardusca, comenzó a tejer punto con admirable destreza. El muchacho habló por primera vez.

-Pero...esta lluvia es buena para la cosecha. ¿Verdad, padre?.

-Si hijo, si no graniza y el viento no arrecia demasiado.

-Abuela, cuéntanos un cuento.- insistió el chico más locuaz de lo que en un principio me había parecido.

-¡Vamos, pequeño!, no podemos aburrir a este señor con mis viejas historias,- repuso ella sin levantar la vista de su labor.

-Por favor, señora,- me apresuré a decir,- nada me agradaría mas que una historia que nos ayude a pasar el rato hasta que acabe la tormenta.

La anciana depositó las agujas de tejer en su regazo y levantó lentamente la cabeza con la mirada perdida hacia las llamas del hogar. Su pelo, blanco como la nieve, contrastaba con las oscuras sombras de la habitación a la luz de las velas. Con voz clara y contundente comenzó:

-“Pues, señor... esta es la historia de la ingratitud humana y la justicia Divina. Érase hace muchos años, en tiempos del buen rey Carolo III, que vivía por estas tierras un hombre honrado, trabajador y temeroso de Dios. Juan Grijalvo se llamaba, por más señas. Por su buen hacer y mucha discreción era querido y respetado en todo el contorno.

Se cuenta que cierto día volvía con su carro y sus mulas del pueblo vecino, donde había vendido parte de su cosecha. Apenas recorrido la mitad del camino, se desató una fuerte tormenta. Juan desplegó el toldo de su carro para guarecerse de la lluvia y arreó a las caballerías. A poco trecho encontró a un caminante, sucio y desvalido, que se protegía torpemente del agua con sus desgarrados ropajes.

-Hermano,- le dijo el labriego deteniendo su carro,- sube y resguárdate con esta lona, que no ha de quedar sin ayuda mi prójimo si en mi mano está el remediarlo.

El caminante se acomodó junto a Juan Grijalvo, deshaciéndose en gracias y bendiciones para su benefactor.

Al llegar a casa la lluvia arreciaba.

-Amigo,- dijo el campesino a su protegido,-este es mi hogar. No soy rico pero puedo ofrecerte un plato de sopa y un trozo de tocino.

-Por todos los santos, hermano, hace tres días que no como caliente. ¿Cómo podré pagarte todo esto?.

Juan le presentó a su familia, le sentó a su mesa y compartieron una hogaza de pan, sopa y tocino ahumado, todo ello regado con vino de su cosecha. Levantóse el anfitrión un momento durante la cena y llevándose discretamente a su mujer a un rincón apartado le

mostró una bolsa llena de monedas, comentando con ella el buen negocio que había hecho en el pueblo con la venta de la carga de su carro. Poco sospechaba el infeliz que a pesar de sus precauciones los ojos de su huésped habían percibido, codiciosos, el dorado brillo de los escudos.

Terminado el refrigerio, habiéndose retirado mujeres y niños a descansar, quedaron ambos comensales algo traspuestos al amor de la lumbre del hogar. Apenas el ladino invitado se hubo percibido por los ronquidos de que Juan dormía profundamente, se deslizó con gran cautela hasta él, con ánimo de apoderarse de la bolsa de monedas que guardaba en su faja. Debía ser el labrados de sueño ligero puesto que despertó con sobresalto y percatándose de las intenciones del malvado le increpó diciendo al tiempo que le empujaba lejos de sí.

-¿Que haces rufián?. ¿Así agradeces mi hospitalidad?.

Viéndose descubierto el ladrón, presa de pánico, tomó en sus manos una reja de arado que colgaba de la pared y asestó a su anfitrión un golpe de tal suerte que le atravesó el pecho de parte a parte. Apresuróse entonces a apoderarse del botín que a tan alto precio había pagado, registrando la faja del cadáver que yacía a sus pies. Sus manos, tintas en sangre, temblaban apretando la bolsa del dinero.

Antes de que el asesino pudiese huir, el resto de la familia alertada por el ruido de la refriega, salió de sus aposentos dando gritos de terror ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos. Ya nada le podía detener. No podían quedar testigos de su crimen. Profiriendo horribles alaridos, ebrio de pavor y de sangre, se arrojó sobre los desdichados, mujeres y niños. Golpe a golpe fue dando muerte a todos ellos. Después, sin dejar de gritar, salió por la puerta corriendo como alma que lleva el diablo, sosteniendo todavía la bolsa de monedas en una mano y el hierro ensangrentado en la otra.

La tormenta continuaba. Una cortina de lluvia caía sobre su cuerpo como tratando inútilmente de lavar la sangre inocente derramada. Pero la justicia Divina no podía dejar

impune tan horrible crimen. Apenas se hubo alejado unos metros de la casa, cuando una luz cegadora brilló en el cielo y un rayo vengador, atraído por el hierro de la reja de arado, cayó sobre él. El trueno que siguió fue descomunal. Toda la tierra tembló y el cuerpo carbonizado del asesino se desplomó como un muñeco sobre el terruño”

Aquí terminó la anciana su relato. Yo, que a lo largo del mismo estaba sorprendido por el estilo, un poco arcaico pero excesivamente correcto para una aldeana, con que se expresaba le dije:

-Realmente, señora, tengo que reconocer que jamás había escuchado una historia tan sobrecogedora.

Ella no contestó. Depositó pausadamente su labor de punto a un lado y con un viejo badil de forja trató de reavivar los rescoldos del hogar que estaban a punto de consumirse. Nadie rompía el silencio. La penumbra de la habitación se había acentuado, llenándola de sombras fantásticas e irreales. Me levanté nervioso y me acerqué a la ventana. Fuera, un relámpago, iluminó los montes lejanos en el horizonte. La lluvia estaba amainando.

-Parece que la tormenta se aleja, - susurré tratando de romper el ambiente extraño que me oprimía. Inconscientemente apoyé mi frente en el cristal de la ventana. Estaba húmedo y frío. La oscuridad el campo era terrible. La noche caía sobre él como un negro manto; sin luna, sin estrellas. Durante unos momentos me entretuve mirando la marca que mi respiración dejaba sobre el vidrio. Cada vez que exhalaba mi aliento se formaba un círculo de vaho que desaparecía rápidamente al enfriarse. Al vaciar el aire de mis pulmones volvía a aparecer una y otra vez. Me sentí ensimismado con este fenómeno. Era como una forma de evadirme de la

extrañas cosas que me estaban ocurriendo aquella noche. De pronto, algo me hizo girar la cabeza a mi derecha. La anciana se acercó también junto a la ventana. Estaba tan cerca de mí que hubiese podido tocarla con solo extender el brazo. Era casi tan alta como yo, su cuerpo erguido y enjuto le daba un aire solemne, casi místico. Mirando a la lejanía, su rostro se acercó tanto a la ventana que apenas un centímetro separaba el cristal de su nariz.

**¡Y entonces lo comprendí todo!. Sentí que un escalofrío recorría mi espina dorsal desde la nuca a la punta de los pies.** La mujer estaba tan cerca de la ventana como yo, pero su aliento no dejaba vaho, sencillamente porque ella no respiraba. Volvió hacia mí su rostro, pálido como la cera pero tranquilo y sereno. El extraño brillo de sus ojos me estaba diciendo que “comprendía que yo había comprendido”. Mi mente, analizando rápidamente una serie de circunstancias, se percató de varias cosas que hasta el momento me pasaron desapercibidas. Durante todo el tiempo que llevaba en aquella casa, nadie tomó ni me ofreció comida ni bebida alguna. Tampoco el niño había llorado. Aquellos seres no reían, ni tosían, ni tenían ningún tipo de necesidad fisiológica porque... ¡todos estaban muertos!. Miré hacia el hogar. Allí estaban todos, la mujer joven con su criatura en los brazos, el muchacho, el buen labrador, incluso la propia abuela se había reunido con ellos. Todos los miembros de la familia de Juan Grijavo me miraban fijamente. Sus rostros, lívidos, tenían una expresión indescriptible, casi dulce. El padre, al volver su torso hacia mí para poder mirarme desde el banco del hogar, dejaba ver por su camisa entreabierta la herida todavía sangrante que le atravesaba el pecho. Noté perfectamente cómo se erizaban los cabellos en mi cabeza. Sentí que las piernas me flaqueaban...

No sé a ciencia cierta cómo salí de la casa. Recuerdo que de pronto me encontré corriendo como un loco en la oscuridad de la noche. La lluvia empapaba abundantemente mi

rostro y mis ropas. Algún objeto, cruzado en el camino, me hizo tropezar y caí de bruces sobre el barro. La oportuna luz de un relámpago descubrió la causa de mi caída. En medio del sendero, un negro cadáver con los ojos fuera de las órbitas, yacía sujetando en una mano una bolsa de cuero y en la otra un hierro puntiagudo. ¡Había tropezado con el cuerpo carbonizado del asesino!

Quise gritar, pero mi garganta reseca se negó a emitir sonido alguno. Me incorporé como impulsado por un resorte. El tiempo que empleé en recorrer el trecho que me separaba de mi motocicleta debió de superar recods olímpicos. Milagrosamente se puso en marcha al primer intento. Poco después llegaba a Alagón, donde pasé la noche.

Al día siguiente, con un sol espléndido, las cosas parecían de otra manera. Por extraño que parezca, caí rendido en la cama y dormí toda la noche de un tirón. Al levantarme, incluso llegué a pensar que todo había sido un mal sueño. No quise mencionar a nadie mi aventura del día anterior por temor a que me tomaran por loco, así que abandoné la fonda en que me había hospedado y me encaminé a realizar mi trabajo de tasador.

Un par de horas más tarde, terminada mi labor, me dispuse a emprender el camino de regreso. El sentido común me aconsejaba tomar la carretera general y olvidarme de atajos. Sin embargo, como arrastrado por una fuerza superior a mí, me encontré regresando por la misma ruta del día anterior.

Al llegar al viejo árbol en el que dejé la motocicleta, el corazón me latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. A mi alrededor los campos presentaban un verde maravilloso. El

sol lucía en un cielo adornado por alguna pequeña nube blanca. No vi rastro alguno de la casa del crimen.

Traté de reconstruir mentalmente los pasos dados aquella terrible noche. Inútil, mi vista solo alcanzó a ver hermosos campos, lejanos montes y algunos pajarillos revoloteando. Ya más tranquilo, cuando casi me hube convencido de que todo fue un sueño, distinguí una especie de losa semiculta entre unas matas de alfalfa. Parecía una lápida muy antigua y su inscripción, muy borrosa, apenas era visible. La limpié cuidadosamente con mi pañuelo y conseguí leer

“En este lugar, según la tradición, estuvo hace muchos años la casa de Juan Grijalvo, el honrado labrador que jamás negó su ayuda a los caminantes y fue asesinado por uno de ellos. Se dice que en las noches de tormenta, regresa a la vida para dar refugio a las gentes perdidas en el campo.”

**FIN** .